

Moulin

Sergio Stipanic



 EDITORIAL FIN DE SIGLO

Sergio Stipanic

Moulin



Editorial FIN DE SIGLO

ISBN: 9974 - 49 - 307 - 2

Editorial FIN DE SIGLO

Eduardo Acevedo 1624

Tel/fax: 400.0214

e-mail: finsiglo@adinet.com.uy

Queda hecho el depósito que ordena la ley

Impreso en Uruguay - 2003

Diagramación y armado:

ELENA BOTELLA

Diseño de portada:

AUGUSTO GIUSSI

A mis hijos Iván y Fabián
A mis amigos que siempre están

*"Nosotros, los de entonces,
ya no somos los mismos".*

Pablo Neruda

1

La noche llega y no avisa. La noche se acerca despacito, despacito, como la muerte. Hay un mundo distinto que circula de noche. Los personajes de la noche son distintos a los del día. Hay una cultura de la noche. Sus luces, sus marquesinas, sus rojos, sus lloviznas, sus rengos. Daniel pasó mucho tiempo viviendo de noche y durmiendo de día. Con sus boliches y sus borrachos. Con sus gritos. La oscuridad cubría todo con un manto de misterio. Cada noche había algo nuevo, una sorpresa. Daniel estaba cansado ya de vivir de noche, de deambular por las calles del centro o del bajo, estaba cansado del Sorocabana o del Lusitano o del boliche de Manolo donde recalaba de madrugada para tomarse un cortado. Un gusto amargo de soledad y de derrota. ¿Serían más felices aquellos que caminaban hacia las paradas de los ómnibus rumbo a su trabajo?

2

Y finalmente llegó el fin del año. La ciudad nerviosa. La gente cumplía con un ritual amable, risueño, deseándose felicidades y prosperidades. Llamadas por teléfono, bares atestados de parroquianos, oficinistas que tiraban papeles por las ventanas, tránsito pesado, bocinazos, gritos.

Llegó Fin de Año. El Moulin, el gran cabaret, preparado para recibir el año nuevo. Esa noche una coreografía especial. Las mujeres con sus vestidos más bonitos. Las mesas con una vela encendida. El mostrador atestado de clientes. Cantará esta noche para todos, Lisette. Es un travesti brasileño perfecto. Una voz femenina algo ronca. Un cuerpo femenino algo delgado. Unas manos delicadas, finas y muy blancas. Mencho acompañaría al piano. El cabaret Moulin despediría el año e iniciaría el nuevo con champagne y whisky, risas y besos, abrazos amistosos y un dejo de soledad cuando los habitués se retiraran dando tumbos y la borrachera pasara con la suave brisa de las primeras luces del alba del nuevo día.

Es Año Nuevo. Para Rosana es el primer año en el Moulin. Llegó allí traída por una amiga que la presentó. Venía de un fracaso y se dejó llevar por los oropeles y la plata fácil. Sin embargo estaba triste. Pensó en su madre cuando la llevaba a la escuela en las épocas de niña. Pensó en la estafa de su padre desconocido que nunca estuvo a su lado. Esa noche Rosana tomó, tomó licor hasta marearse. Al retirarse, en la puerta del cabaret, besó y apretó fuertemente el hombro del portero, un viejo ex boxeador que parecía saber todos los secretos de la muchacha.

3

Juan Pedro salió de mañana muy temprano a remar por la bahía. Era una de sus pasiones. La otra era la música. La mañana estaba fresca, de otoño, pero de sol. El puerto le parecía inmenso. Ahí todo era calma. A lo lejos la ciudad, gris, silenciosa, con sus edificios, con su Palacio Salvo. Más cerca, sobre los muelles, grúas y actividad. Él remaba en el antepuerto. Los grandes barcos parecían langostas metálicas quietecitas.

Las cosas con Ana no andaban bien. Juan Pedro buscaba en el remo la meditación y el descanso mental. Ana era muy especial. Tenía sus cosas buenas y sus cosas malas, pensó Juan Pedro. Vivía sola en un apartamento frente a la rambla de Pocitos. Y allí precisamente se reunían con el grupo de amigos para tomar vino y escuchar buena música. Ana era impredecible. Había momentos en que Juan Pedro se desconcertaba. A veces Ana era dulce, tierna, cariñosa y de pronto era hiriente y hosca. Allí se agredían de palabra.

Ahora remaba rumbo al Cerro. Saltaban las lisas.

Volaban las gaviotas con sus graznidos. El agua estaba calma. Más allá los tanques y la gran chimenea de la Ancap. Dio vuelta la cabeza y dejó de remar un instante. Fijó la vista en la ciudad que se extendía entre brumas. Parece desierta, pensó Juan Pedro. Aquí se olvidó el rencor, las penurias y la guerra.

4

Daniel caminaba por caminar, por matar el tiempo. Caminaba por las calles de la ciudad, por una plaza y después, por el interior de la casa de sus padres. Caminaba por caminar, por no saber estar solo, por demostrar que aún podía. Era una sensación de impotencia, de desasosiego. No podía combatir la soledad. Entonces caminaba. Su calle favorita era 19 de Abril, en el Prado. La recorría toda y culminaba en el Jardín Botánico. A veces llevaba consigo su cámara fotográfica, una Zenit, y sacaba fotografías a las casonas, a los árboles, a los rayos de sol que culminaban en las fuentes

Ahora estaba sentado en un viejo tronco de un árbol caído. Recordaba la higuera que daba sombra a los almácigos. Olor a tomillo, a orégano, a menta. Era su niñez feliz en la casa de la abuela Máxima. Ésta, toda vestida de negro, repartía el maíz y el afrechillo a las gallinas. Dorado, el elegante gallo, se quedaba con lo mejor de la ración picoteando el cogote de las gallinas. A un costado, las latas de aceite oficiando de maceteros de las más variadas plantas, delimitaban los canteros con durazneros,

naranjos, mandarinos, ciruelos. Todo ahí, en ese fondo de la casa, estaba en orden. Doña Máxima se encargaba de que sucediese así. Pero la higuera era allí lo más importante para Daniel. Allí se subía, se sentaba en una de las ramas y soñaba, hablaba con Dios y con su amor secreto. Su alma de niño se desnudaba encima de la higuera. Así pasaba todas las horas de las tardecitas de los fines de semana mientras los mayores dormían la siesta. Todo eso recordaba. Y más. El mediodía aquel en que su primer perro, el Ñato, se soltó de la cadena y salió disparado hacia la calle por entre las macetas de malvones. Pasaba un Ford que no pudo esquivarlo: murió a los pocos días. Desde entonces, no había querido tener más perros. El Ñato era su mejor amigo.

El sol se ocultaba entre los árboles del Botánico. Daniel parece despertarse de los recuerdos y vuelve a su rutina. Camina lentamente.

5

Lo conoció en el cabaret. Rodríguez Riet venía de Tacuarembó. Era uno de los hacendados más ricos de la cofradía uruguaya. Con aire de ausente y con un tic que le hacía mover el hombro y la cabeza hacia un costado. No miraba nunca de frente. Ordenó sin levantar la voz un escocés sin hielo. Invitó a Rosana a sentarse a su lado en los altos taburetes del mostrador. El dueño del Moulin, Juan Carlos, ordenó susurrando que las chicas que atendían el mostrador le prestaran toda la atención posible. “¿Otra vez por Montevideo, don Alberto? Está viniendo seguido últimamente”, le saludó con cortesía y algo de adulación.

Rodríguez Riet asintió con la cabeza cerrando los ojos. “Negocios”, dijo luego de un momento de silencio. Rosana pensó que aquel hombre tan poderoso podía ser suyo algún día. El único problema consistía en que era casado. Sabía, sin embargo, que su mujer, cansada del putaño, se había ido a vivir a París con sus dos hijas. Rodríguez Riet sorbió un trago de whisky. “Hace calor aquí”, murmuró. “Vamos a acercarnos al ventilador”, le dijo a Rosana. Y

luego: “¿qué te tomás?”. Rosana pidió un gin tonic. “Me gustás porque sos calladita”, continuó el hacendado. Y luego acercó su boca al oído de Rosana y le dijo despacito: “Hoy la paso contigo”.

6

Estaban en la playa, tirados al sol de enero, con la resaca de la noche anterior. Era domingo. Juan Pedro vomitó en la arena. “Hay que hacer algo”, dijo después. Los dos habían cursado y dejado de concurrir al IAVA, donde hacían preparatorios de arquitectura. Entraron después a la facultad pero se habían desilusionado. Sólo los entusiasmaban las clases de Artucio sobre Historia del Arte. Artucio daba clases magistrales con su voz monótona pero de honda sabiduría sobre el arte. Hablaba del Giotto, de Modigliani, de Miguel Ángel. Pasaba del románico al gótico y de ahí al neoclasicismo. Todo el arte occidental se hacía ahí más simple, más comprensible. “Tenemos que hacer algo” repetía Juan Pedro. “No podemos seguir así”. Fue así que a Daniel se le ocurrió decir que lo mejor sería ingresar en la Facultad de Humanidades. Convinieron que al otro día, lunes, irían a inscribirse.

7

La sonora apareció en el palco. De inmediato una música lenta, un bolero, ideal para bailar apretaditos. Juan Pedro tocaba la trompeta en la Cienfuegos. Poco sabía del instrumento, apenas unas clases esenciales, pero aparecía a ratos con dos o tres sonidos al unísono con otras dos trompetas del conjunto. Se destacaban varios instrumentos: el güiro, las pairas, las tumbadoras, el piano, el contrabajo, el saxo. Todo era ritmo del Caribe, propiamente cubano. Tomasito, el cantor, un rubio con grandes anteojos verdes, arrancaba ahora con una plena. El baile estaba en lo mejor de la noche. Daniel la vio recostada a la baranda de la escalera de mármol. Esperaba que alguien la sacara a bailar. Se miraron. Daniel le hizo una seña con la cabeza y Rosana, sonriendo, se acercó a la pista. Con aire de triunfo Daniel la apretó contra su cuerpo y comenzó a girar con ella. Rosana se dejó llevar. Le encantaba el ritmo caribeño. Comenzaron a bailar suelto por el medio de la pista. La orquesta, luego de media hora de actuación, terminó finalmente. Ellos no habían conversado casi. Sus mentes y sus cuerpos se habían dejado llevar

por el misterio de la música. Luego de presentarse con sus nombres, Daniel invitó a Rosana a tomar una cerveza. Era febrero de carnaval y la noche de luna espléndida dejaba transpirar el tiempo cálido. Salieron al gran patio abierto del club. Allí se armaron al mostrador y Daniel pidió la bebida. Conversaron de todo y entusiasmadamente. Daniel le confesó su condición de estudiante y ella ocultó su trabajo en el cabaret. Le mintió: "Trabajo de enfermera en el turno nocturno. Hoy tengo libre". A la madrugada y después de seguir bailando desaforadamente, decidieron irse del club, tomar un taxi e ir a la rambla de Pocitos. Allí se besaron como dos animales heridos. Para Daniel esa fue una noche especial. Sabía que esa muchacha iba a ser algo importante en su vida. Ella estaba confusa. "¿Qué te pasa, Rosana, te estarás enamorando de vuelta?"

8

La rutina de Rosana. Ella saldría con un tipo como todas las noches de trabajo, se sacaría la ropa mecánicamente en la pieza del hotel y la colgaría sobre una silla. A veces, algo de conversación previa, el tipo le contaría cosas de su vida que ella escuchaba sin escuchar. Luego le diría: “Bueno, viejo, tesoro, vamos a lo nuestro”. Allí se tiraría en la cama, semidesnuda, y dejaría que el tipo hiciera todo. Ella mirando el cielorraso de la pieza. Ella estaba en otro mundo. Pensaría quizás que tenía que comprarse ropa, que había que pagar la mensualidad de la pensión, que le diría a él que la llevara a cenar al “Aranjuez” donde pediría seguramente una paella. “Dale, amoroso, apurate”. Tal vez mirara el reloj mientras el tipo sudaba y le succionaba los senos. Todas las noches, o casi todas, lo mismo. Ella estaba cansada ya de su trabajo. Pensaba que si algún tipo con dinero le ofreciera casamiento aceptaría gustosa. Pero había aparecido Daniel en su vida. ¿Qué sería de Daniel? Bueno, decía, igual podría encontrarme con él. ¿Qué importaba soportar al tipo? Era

mejor la vida sin esa rutina de todas las noches. Además, pasearía en auto, comería bien todos los días, tendría sirvienta, no estaría en una sucia pensión donde había que hacer cola para bañarse; quizás, viviría en un piso en Pocitos o en una soberbia casa en Carrasco. Rosana soñaba mientras el tipo ahora estaba exhausto a su lado en la cama. Y seguía. Le diría al tipo que comprara una regia cama forrada en terciopelo rosado con capitoneado en el respaldo. Ella la había visto en una revista. “Bueno, tesorito, te fuiste todo”. “Es hora de vestirse y de irse de vuelta para el Moulin”. “Pagame ahora”, le decía al tipo mientras se vestía. “Quiero ir a cenar ahora”. “¿me invitás?” le susurró mientras el tipo, malhumorado, sacaba la billetera del saco.

“¿No quedaste conforme?, le preguntó. Y luego una mentira para quedar bien con el cliente: “He pasado muy bien en la cama contigo”.

Ese domingo estaba indicado para caminar. Un día de sol con una temperatura agradable aunque algo cálida. Daniel fue a buscarla a la pensión. Como siempre, Rosana estaba durmiendo. El encargado golpeó la puerta de su pieza. Daniel la esperó en el patio. Con cara somnolienta salió Rosana de la habitación. “Hola, Daniel, perdoname por haberte hecho esperar”. Salieron apresuradamente. Al poco rato estaban en la escollera Sarandí. Daniel había llevado su cámara fotográfica. Pensó que Rosana era más linda de día, a plena luz del sol, que de noche. La hizo sentar en el hormigón de la escollera, de espaldas al puerto. Los pescadores miraban a Rosana que lucía esplendente con su minifalda y su camisa blanca y su pelo rubio. Daniel comenzó a disparar. El sol daba de frente y usó la mínima abertura de la Zenit. Al fondo, como lagartos quietos al sol, los barcos del puerto. Más allá, la sombra gris del Cerro. “Te voy a promocionar con estas fotos”, le gritó Daniel. Rosana se paraba, ensayaba varias poses, reía, se arreglaba el cabello. Era domingo.

mejor la vida sin esa rutina de todas las noches. Además, pasearía en auto, comería bien todos los días, tendría sirvienta, no estaría en una sucia pensión donde había que hacer cola para bañarse; quizás, viviría en un piso en Pocitos o en una soberbia casa en Carrasco. Rosana soñaba mientras el tipo ahora estaba exhausto a su lado en la cama. Y seguía. Le diría al tipo que comprara una regia cama forrada en terciopelo rosado con capitoneado en el respaldo. Ella la había visto en una revista. “Bueno, tesorito, te fuiste todo”. “Es hora de vestirse y de irse de vuelta para el Moulin”. “Pagame ahora”, le decía al tipo mientras se vestía. “Quiero ir a cenar ahora”. “¿me invitás?” le susurró mientras el tipo, malhumorado, sacaba la billetera del saco.

“¿No quedaste conforme?, le preguntó. Y luego una mentira para quedar bien con el cliente: “He pasado muy bien en la cama contigo”.

9

Ese domingo estaba indicado para caminar. Un día de sol con una temperatura agradable aunque algo cálida. Daniel fue a buscarla a la pensión. Como siempre, Rosana estaba durmiendo. El encargado golpeó la puerta de su pieza. Daniel la esperó en el patio. Con cara somnolienta salió Rosana de la habitación. “Hola, Daniel, perdoname por haberte hecho esperar”. Salieron apresuradamente. Al poco rato estaban en la escollera Sarandí. Daniel había llevado su cámara fotográfica. Pensó que Rosana era más linda de día, a plena luz del sol, que de noche. La hizo sentar en el hormigón de la escollera, de espaldas al puerto. Los pescadores miraban a Rosana que lucía esplendente con su minifalda y su camisa blanca y su pelo rubio. Daniel comenzó a disparar. El sol daba de frente y usó la mínima abertura de la Zenit. Al fondo, como lagartos quietos al sol, los barcos del puerto. Más allá, la sombra gris del Cerro. “Te voy a promocionar con estas fotos”, le gritó Daniel. Rosana se paraba, ensayaba varias poses, reía, se arreglaba el cabello. Era domingo.

Ese día Rosana se lo dedicaba entero a Daniel. Las lisas saltaban en el agua riéndose de los pescadores. El agua estaba quietecita del lado derecho de la escollera y algo revuelta del lado izquierdo. Pasó un vendedor de maníes y Daniel compró un cucurucho de papel de diario. Se fueron de la escollera abrazados y besándose, al tiempo que rompían las cáscaras de los maníes. Ese domingo terminaron en el bodegón del puerto “El Rincón del Gato” comiendo pescado frito y tomando vino tinto.

10

Jamás escucharán un piano tan bien tocado como ese piano blanco del cabaret Moulin. Ese que ven ahí, sentado frente al teclado, es Mencho. Sabe arrancar los más lánguidos y tristes sonidos al viejo instrumento. Nadie puede olvidar sus blues. Con un cigarrillo en la boca, un cenicero al costado lleno de puchos y cenizas, un vaso de whisky sucio, Mencho, con su cuerpo chiquito y flacucho, sus grandes gafas de carey, su pelo desordenado y su camisa sudorosa se sienta todas las noches frente al añejo piano blanco y conversa con él. Sólo la música. Lo demás no existe para Mencho. A veces un cliente borracho se le arrima y le llena el vaso de whisky. A veces surge un aplauso desde las mesas del cabaret. A veces una de las mujeres le hace al oído un pedido especial y le coloca un cigarrillo en la boca. Mencho es taciturno, casi no habla, se expresa con gestos y su cara amarilla por la noche, el humo y la falta de sol, casi no se inmuta. Pero habla por las manos. De sus dedos salen “Let it be”, “Serenata a la luz de la luna”, “Té para dos”, “Candilejas”, “Te guardaré en mi corazón”, “Blue moon”, “Yesterday”, algún tan-

go, algún bolero, y el jazz, siempre el jazz más cavernoso.

11

Volvieron a salir juntos una, dos, tres, cuatro veces. Rosana siempre ocultando su trabajo en el cabaret Moulin. Daniel notaba algo extraño en la actitud de ella de negarse a hablar de su trabajo nocturno supuestamente en el sanatorio. A Rosana le encantaba ir a mirar vidrieras por 18. Se detenía particularmente en una juguetería que había en una galería. Allí apoyaba la nariz en el gran vidrio del local y señalaba a Daniel con el índice una muñeca rubia de ojos verdes al tiempo que le decía: “Yo quiero ésa. Se llamará Eloísa. ¿Me la vas a regalar algún día?” Daniel sonreía y le pasaba el brazo por la cintura al tiempo que le ordenaba: “Bueno, ya está bien por hoy. Decile adiós a Eloísa y vámonos”. Terminaban siempre en el Parque Rodó donde Rosana se enloquecía por subir al Tren Fantasma. “Parece una niña recién salida de la escuela”, pensaba Daniel. Luego se iban caminando con un paquete de churros en la mano hacia Bulevar Artigas y caminaban hasta llegar a la puerta del sanatorio donde ella lo despedía con un beso, esperaba en el ascensor para asegurar-

se de que Daniel se hubiera ido y salía del sanatorio triste, rumbo al cabaret.

Pero hubo una quinta vez. Ahora Rosana estaba decidida a decirle la verdad. No fueron al Parque Rodó ni a mirar vidrieras. Fueron a tomar un café al Expreso Pocitos. Allí, a la hora consabida, Rosana le apretó la mano y le dijo: “Daniel, hoy vas a conocer mi verdadero trabajo. No te asustes. Después charlaremos”. Daniel se sorprendió. Tomaron un taxi, esta vez por orden de ella, hacia la Ciudad Vieja, a la esquina de los juegos prohibidos.

12

Enfiló sus pasos hacia el Bajo. Hubiera querido emborracharse hasta morir. Hubiera querido incluso matar. Lloviznaba. Las mujeres siempre dan sorpresas, pensaba, pero esto no me lo esperaba. Bueno, Daniel, metido con una prostituta, una puta. Entró al bar. Pidió una grapa con limón. Luego otra. Y otra. “Así brindan los rusos” y tiró la copa hacia atrás, al suelo. El dueño del bar se negó a servirle otra copa. “Te daría un diez por romperte la cara”, dijo Daniel.

Un parroquiano tan borracho como él se le acercó en tono amenazante. Daniel se apoyó en el mostrador con la espalda y se lanzó hacia el otro. Golpes de puño. Daniel al suelo. Llega la policía. Esa noche durmió en la seccional.

13

Daniel y Juan Pedro comenzaron los cursos de Humanidades. Estaban muy contentos. “Por fin, volver a estudiar”, decía Juan Pedro.

Un día notó que Daniel estaba taciturno. “¿Qué te pasa? Háblame. Vos ocultás algo”. Daniel le confesó todo lo sucedido con Rosana. “¿Y a vos te importa esa chica? Entonces aceptala como es”, le dijo finalmente Juan Pedro. “Mirá, yo también ando en problemas con Ana”, siguió. Convinieron que lo mejor era concentrarse en el estudio y olvidar pasajeramente a las mujeres.

14

La cita era a las ocho de la noche en la explanada de la Universidad. Los estudiantes se concentraron ya desde las siete. La manifestación iría por todo 18 de Julio hasta llegar a la plaza Cagancha. Dentro de la Universidad había reuniones y arengas. Juan Pedro estaba allí acompañado por Ana. Los estudiantes se veían nerviosos. Juan Pedro sonreía. Ana se reunía con un pequeño grupo de compañeros de Magisterio. La salida fue puntual. Encabezaban la manifestación, tomados por los brazos, los dirigentes estudiantiles. También había algunos profesores. Se caminaba tensamente y coreando consignas y cánticos. Algún grito de ¡Viva la libertad! y ¡Abajo el gobierno! Juan Pedro estaba eufórico, exaltado. Todo parecía tranquilo. De pronto, a la altura de Ejido, un cordón policial cerrando el paso por la avenida. La manifestación, sin embargo, no se detuvo, siguió su marcha. Expectativa. Gritos: ¡Milicos asesinos! Faltaban dos cuadas para llegar a Ejido. De los costados de las calles laterales aparecieron vehículos policiales. Los gases lacrimógenos estallaban por todos lados. Corridas, dispersión, miedo.

Siguieron balazos. Algunos estudiantes caían heridos. Otros se refugiaban en los bares y comercios céntricos. Corridas, corridas. Pánico.

Juan Pedro tomó a Ana de un brazo y la metió en el Facal. Los carros lanzaagua de la policía irrumpieron en 18. Espanto. Algunos estudiantes tiraban piedras a los policías que reprimían, machete en mano. Varios detenidos. En el Falcal cerraron las puertas. Juan Pedro y Ana miraban por los amplios ventanales del café. De pronto, silencio. Un gran silencio sólo interrumpido por alguna sirena. 18 de Julio había quedado desierta.

La noche seguía en Montevideo, con final triste y repetido.

15

Rosana dejó de ir por unos días al cabaret. Pensó mil veces en llamar por teléfono a Daniel pero se contuvo. Mejor así, pensó. ¿Qué futuro le podría dar yo como mujer?, se decía.

Daniel trataba, sin éxito, de olvidarla. Hacía vida metódica: de la facultad a su casa y de su casa, a veces, al boliche de Manolo; y de allí a su casa otra vez, a mirar televisión hasta la madrugada. Hasta que llegó el domingo. Con el pretexto de pedir más explicaciones pensó en ir a la pensión donde vivía Rosana. Necesitaba hablar con ella, pero más que nada necesitaba verla, tenerla a su lado, oler el perfume de su piel.

Esa vez no necesitó esperarla. Los dos se encontraron en el pasillo y se dieron un fuerte y largo abrazo. “Yo también te extrañé mucho”. Estuvieron mirándose sin decir palabra. Finalmente fueron a tomar un café al Lusitano. No se prometieron nada de futuro, tomados de las manos, fuertemente, riéndose, mirándose a los ojos. Siguieron simplemente juntos.

16

La limusina presidencial se detuvo frente al Moulin. Detrás de ésta también paró un Volkswagen amarillo con tres ocupantes que llevaban metralletas. El portero con su impecable uniforme azul y su gorra de visera corrió solícito a abrir la puerta trasera de la limusina. “Buenas noches, señor Presidente”, le dijo al tiempo que le hacía una extraña reverencia. El Presidente ni siquiera lo miró. Bajó nervioso mirando para ambos lados de la calle. Ésta, a esa hora de la madrugada, estaba desierta. Se tranquilizó. Acomodó el saco y la corbata y entró al cabaret. Adentro todo era algarabía. Al verlo llegar hubo un espontáneo aplauso. “Bienvenido, mariscal. Te estaba esperando”, le sonrió Rodríguez Riet. “¿Cómo fue hoy la cosa con los tupamaros?” Se abrazaron. Eran viejos amigos, se habían conocido años atrás en la redacción de El Día. Ya estaba servido en el mostrador el Chivas. El Presidente buscó con la mirada, entre las mujeres, a la Porteña. Ésta se acercó; sus labios se apoyaron sobre la mejilla del personaje en un prolongado beso. La Porteña era la favorita del Presidente. Alta, morocha, con amplias

caderas y unos senos robustos, la Porteña le había caído en gracia; más de una vez el mandatario la había invitado a las fiestas que organizaba en la residencia de Suárez y Reyes. El Presidente tomó del mostrador el vaso repleto de whisky y se dirigió al piano donde ejecutaba Mencho. Se agachó lentamente y susurró algo en el oído del pianista. Al instante Mencho arrancó con un tango: "Muñeca brava". Se hizo un silencio en el cabaret. Todo el mundo atento. Tomó de la cintura a la Porteña y salieron a bailar los dos. Los demás comenzaron a aplaudir. El Presidente bailando un tango en el cabaret Moulin.

Nadie al otro día publicó la noticia. Allí no entraban fotógrafos ni periodistas, ni entrometidos. El Presidente podía estar tranquilo. Además, en la prensa, había censura previa.

17

Salieron los cuatro juntos ese sábado. Fueron a caminar por 18. La noche era fría y ventosa. A Juan Pedro se le ocurrió ir al cine. Luego de un rato de propuestas se aceptó la idea de Ana de ir a ver “Z”. Entraron al Rex. Al final de la película aplaudieron. Salieron del cine comentando lo visto. Rosana permanecía callada. Juan Pedro era el más eufórico: “¡Qué película, qué película!” Daniel comentaba la excelente actuación de Ives Montand. “Lástima que lo mataron” comentó entonces Rosana. Ana dijo que ese final era lo más hermoso que podía pasar. Decidieron ir finalmente a la churrería de la calle Ejido para tomar chocolate con churros. Rosana faltó al cabaret y Juan Pedro se fue porque tenía actuación con la sonora Cienfuegos. Daniel, Rosana y Ana se dirigieron entonces al apartamento de esta última en Pocitos. Allí terminaron la noche de ese sábado.

18

Salió apresuradamente de su apartamento. La Porteña había recibido una llamada telefónica de El Viejo diciéndole que la esperaba urgentemente en el lugar de siempre. La Porteña llegó por fin al Cabil-do. Allí la esperaba El Viejo. Sólo eso conocía de él, que lo llamaban así. Lo demás era que El Viejo era un dirigente tupamaro. “Hola piba. ¿Te desperté?”, saludó El Viejo. La Porteña lo abrazó y le lanzó la pregunta: “¿Cómo andan las cosas, hermanito?” El Viejo se rascó la barbilla con la mano derecha y le contestó: “Yo diría que más o menos. Están dando duro. Pero vos debés saber más que yo al lado del tipo. Para eso te llamé”. Nerviosa, la Porteña se aseguró que no hubiese nadie alrededor y le informó: “El tipo quiere implantar el Estado de Sitio. Andan en eso. Rodríguez Riet me lo confesó”. El Viejo alzó algo la voz: “La mierda, esto se pone jodido”. “Bueno, amigo, compañero, es momento de irse”. El Viejo se quedó mirando a la Porteña. Pensó que era una linda mujer. La Porteña lo abrazó nuevamente y se despidió con un beso al tiempo que le susurró: “Cuidate”.

19

La idea partió del padre: “Daniel, hay un concurso en el banco, ¿por qué no te presentás?” Convinieron en que Daniel estudiaría los asientos y el balance con él. El padre era gerente de una sucursal bancaria del República. El resto era que practicara mecanografía con la vieja Remington. Estudió dos semanas y llegó el día de la prueba. No estaba muy seguro con la máquina de escribir. Era lento y escribía con sólo dos dedos. Rosana lo acompañó esa mañana a Cerrito y Misiones. “Andá tranquilo que vos podés”, le decía, mientras le pasaba la mano por la espalda. Se presentaron veintidós jóvenes aspirantes. El balance le salió de un tirón pero vio cómo lo superaban los demás en la máquina de escribir. Los resultados estarían dentro de tres días. No quedó conforme. Pensó que no llegaría al puntaje. Pasados los tres días se presentó en el Banco República a buscar el resultado. Allí lo atendió un hombre canoso que le preguntó su nombre. “Daniel Puyol, Daniel Puyol”, mientras buscaba la prueba. “¿Usted es hijo de Américo Puyol?”, le preguntó. “Sí”, contestó Daniel. “Mirá pibe, esta prueba es un desastre, así

voltosos. Gritaban consignas contra el gobierno al tiempo que enarbolaban banderas cubanas y vietnamitas. Apuntó al bulto. Disparó. Gritos, improprios... Los perdigones habían dado en el pecho de un estudiante avanzado de Derecho. Un nuevo mártir estudiantil había en el país.

21

Los viernes en el Moulin eran dedicados al tango. Allí estaba el piano de Mencho, el bandoneón de Tito Reyes y la voz de Luciano Rossano, un viejo cultor del dos por cuatro que había cantado con la orquesta de Racciatti y que ahora estaba de vuelta. Pero de su voz aguardentosa y alcohólica surgían milongas y tangos imborrables. Saco blanco, pantalón negro y camisa roja, Luciano Rossano era atracción segura en los viernes del cabaret. Podía ser “Los mareados” o “Mano a mano” o “Por seguidora y por fiel” o “Ventarrón”. Pero el tema musical más requerido por los habitués al finalizar la velada y que Luciano Rossano interpretaba como ninguno, era “Trapo viejo”. Siempre salía la voz de alguna de las muchachas que trabajaban en el cabaret pidiéndole “¡Luciano, Trapo viejo!” El veterano cantor se sonreía y el bandoneonista arrancaba con los acordes del tango pedido. Una verdadera ovación coronaba la actuación del intérprete.

22

Como todas las mañanas en que el tiempo permitía remar, Juan Pedro se dirigió muy tempranito al Rowing. Pero ese día había en el puerto una movilización especial. Cerca del embarcadero del club, sobre el muelle principal, infinidad de hombres, mujeres y niños poblaban el muelle. Un barco blanco, con bandera australiana, se destacaba allí, anclado. Juan Pedro remó hacia el lugar. Gritos, llantos. Sobre la baranda del buque cientos de pasajeros miraban y saludaban y gritaban a los que miraban desde el muelle. Más de ochocientos uruguayos se iban a buscar nuevos horizontes en Australia. La emigración era cosa corriente en esos días. La gente no soportaba más la situación económica y política que se vivía. Juan Pedro reflexionó: “qué sangría, dios mío”.

Estuvo largo rato cerca del enorme barco blanco. Luego se alejó, triste.

23

Rosana lo vio llegar y pensó que ese tipo iba a traer problemas. Miró su forma de caminar, su camisa floreada, su gran tatuaje en el pecho descubierto, su manera de hablarle a las camareras del mostrador. Era nuevo en el rodeo, un nuevo que con su sonrisita cínica y su diente reluciente de oro iba a traer problemas, siguió pensando Rosana. El recién llegado pidió un Ballantines y se hizo traer a la mesa dos mujeres. “A mí me conocen todos por El Torito”, les dijo. “Me gustan las mujeres que no piden mucho ni discuten”. Al rato hizo callar el piano de Mencho. Alegó que le molestaba “la porquería que tocaba”. Bebió un sorbo del whisky y pidió una botella de champagne. “Del francés, no me traigan nada berreta. Tengo plata”. De pronto Rosana observó que los ojos del tipo estaban fijos en ella. Sintió que preguntaba averiguando su nombre a una de las muchachas de la mesa. Al rato llamó a una camarera y le hizo alcanzar la copa de champagne a Rosana. Ésta recibió el envío y ni siquiera miró al hombre. Tiró la copa al suelo que cayó hecha añicos. “No me

gusta ese tipo”, le confesó a Karina, una de las muchachas que trabajaban como ella en el Moulin. El Torito se ofendió. Se levantó de la mesa y caminó hacia ella. “A mí me gustan las mujeres difíciles, no las fáciles”. Rosana lo paró: “Yo con usted no quiero saber nada, nada que ver”. El Torito se dio media vuelta y caminó hacia su mesa murmurando: “Ya te vas a arrepentir. Ya vas a saber quién es El Torito”.

24

Ana y Juan Pedro discutieron. Esta vez era definitivo.

Juan Pedro estaba algo bebido. Luego de gritarse mutuamente se agredieron de manos. Esta vez no había solución posible al desencuentro que se venía gestando desde hacía tiempo atrás. Ana lo echó del apartamento. Juan Pedro se enfundó en el gabán, se puso la bufanda y salió apresuradamente hacia el ascensor. En la calle, desconcertado, no sabía a dónde ir. Pensó en llamar a Daniel al banco. Pero luego desistió de la idea. Entonces fue para su casa. Vivía con sus padres. Alienado, pensó en una decisión extrema. Revolvió el cajón donde sabía que su padre guardaba un arma. La enfundó en el bolsillo de su gabán y salió nuevamente a la calle. Estuvo caminando sin rumbo por el Parque Batlle y a la altura del Obelisco tomó por Bulevar Artigas hacia el mar. Su mirada era una nebulosa. En un teléfono público llamó a su madre. Sin saber ésta, se estaba despidiendo de ella. Preocupada, le preguntó: “¿Dónde estás?” Él cortó. Luego siguió caminando por Bulevar Artigas. Llegó a las cinco de la tarde al

campo de golf. Entró. Se sentó al lado de un árbol. Allí vio cómo el sol perdía fuerza y se ocultaba. A la noche sonó un balazo. Mientras tanto, avisados de que algo raro estaba pasando a Juan Pedro y al haber descubierto que la pistola no estaba en su sitio, los padres llamaron a Daniel. Éste lo buscó desesperadamente por toda la ciudad. Por fin, a la mañana siguiente, la policía lo encontró ya sin vida tirado sobre el césped del campo de golf.

Ese fue el fin de Juan Pedro.

25

El cabaret está esa noche en pleno auge. De pronto aparecen dos hombres, muy bien vestidos, traje y corbata, y piden para hablar con el propietario del local. Allí los atiende Juan Carlos. Los hombres hablan muy bajo con el dueño del Moulin. “No puede ser, debe haber un error, ella es amiga del Presidente”, se le oyó decir nervioso. Después, señala al grupo de tres mujeres que había en un costado del mostrador. Uno de los hombres se da vuelta y dice presuroso: “Es ella, es ella”. Prestamente se dirigen al grupo y encaran a la Porteña. Uno de ellos muestra un carné al tiempo que le dice: “Luisa Parietti, está detenida”. Asombro en las mujeres y titubeo de la Porteña. Uno de los hombres la toma de un brazo y la hace caminar hacia la escalera de salida. Rosana grita: “¡Qué pasa, qué pasa!” Apresuradamente los hombres empujan a la Porteña hacia la salida. Una de las muchachas comenta a Rosana: “Son de la policía. Se la llevan presa”. “Debe haber un error”, grita Rosana. Los hombres con la Porteña ya en la calle, la introducen en un Volkswagen amarillo y salen presurosos en dirección a la Jefatura.

26

No había consuelo para Daniel. Pensó en dirigirse al apartamento de Ana pero se contuvo. Tenía miedo de no controlar su agresividad hacia ella. Rosana lo invitó con un café. “¿Por qué me hiciste eso?”, sollozaba. Abrazó a Rosana. “Juanpe era bueno, buenísimo, sólo se hizo daño a él mismo”, seguía. “Él no quería morir así, estoy seguro, en la noche. Él quería morir de día, de cara al sol”. Daniel pasó sus manos sobre su rostro. A las tres de la tarde partió el cortejo fúnebre hacia el cementerio del Buceo. Muchos amigos lo acompañaron.

27

La Porteña estaba incomunicada en el cuarto piso de Jefatura. Rodríguez Riet fue a verla y logró hablar con ella. “Qué sorpresa, Luisa, nunca me imaginé que estuvieras vinculada a los tupas”. La Porteña se encogió de hombros. “Son ideas”, contestó. “Pero nunca debiste vincularte a esos criminales”, replicó enseguida Rodríguez Riet. “Ese es tu punto de vista, yo tengo el mío sobre muertes”, contestó la Porteña. “No puedo seguir más tiempo contigo. Apenas me dejaron verte” siguió el hacendado. “¿Precisás algo, puedo hacer algo por vos?”, le preguntó. “No... no... paciencia. Sólo tengo que agradecer que estés aquí. Sos muy buen tipo”. El calabozo volvió a cerrarse. Rodríguez Riet dio media vuelta y le dijo despacito al comisario Ottado: “Es una pobre piba. No la maltraten”.

28

Esa noche Daniel la acompañó hasta la puerta del Moulin. Siempre se había negado a ello. Pero esa noche la acompañó.

Rosana estaba alegre, de buen ánimo. Últimamente se le hacía difícil ir a trabajar al cabaret. Intuía que iba a ser por poco tiempo más. Algo ya habían hablado. Daniel saludó al portero y luego de besarla siguió caminando por la calle. Ella bajó las escaleras. Pero tuvo la sensación de que alguien, una sombra, la seguía. “Imaginación”, pensó. Entró al local y saludó a sus compañeras. De pronto, detrás de ella se aparece El Torito. La toma del brazo al tiempo que la interpela: “Así que tenés un gigoló”. Rosana procuró zafarse del hombre. “No me moleste más. Yo ya le dije que entre usted y yo no podrá haber nunca nada”. El Torito refunfuñó. “Nadie, ninguna mujer, desprecia al hombre que soy yo”. Y sacando una sevillana le grita: “Llevarás por siempre el recuerdo de El Torito. Ahora sabrás quién es Cipriano Castro”. Gritos en el cabaret. Rosana es atendida por las muchachas y Rodríguez Riet que corrió rápidamente poniéndole un pañuelo en la herida. La san-

gre seguía corriendo por el rostro de Rosana. Decidieron llevarla a la urgencia del Hospital de Clínicas. Allí le suturaron la herida pero el médico le advirtió: “Lamentablemente quedarás con una marca en la cara”.

Rosana llevaría desde entonces una rosada cicatriz.

29

Un tiempo después se produjo lo esperado: el test había dado positivo. Rosana fue a la consulta del ginecólogo. Daniel la esperaba fuera del consultorio. Fumaba un Richmond tras otro. Finalmente salió Rosana, sonriente. “¡Vas a ser papá!”, le gritó. Se abrazaron por un eterno rato. Daniel entonces le dijo: “Rosana, vámonos de este país de mierda. Tendremos nuestro hijo en Buenos Aires”. Rosana se puso seria. “De ninguna manera. Aquí nacerá tu hijo”. Sonó como autorizada sentencia. Entonces Daniel asintió: “Bien, aquí nos quedaremos. Aquí nacerá nuestro hijo”. Se dirigieron al cementerio del Buceo. Allí habló Daniel: “Juanpe, mi hijo llevará tu nombre”. Rosana depositó sobre la tumba del amigo una rosa roja. “Chau, Juanpe, hasta luego”. Y se fueron al caer la tarde hacia 18. Allí Rosana le pidió a Daniel que le comprara la muñeca. “Por si es mujer”.

30

El Moulin había decaído. Ya no lo frecuentaba tanto Rodríguez Riet, y si bien las muchachas participaban del jolgorio nocturno con sus sonrisas y sus poses, se observaba cierta tristeza. Rosana hacía tiempo que había dejado de ir. Esa noche decidió que quería despedirse de sus ex compañeros. Era viernes. Estaba Luciano Rossano y cuando la vio llegar le pidió a Mencho y a Tito Reyes unos acordes. De inmediato se puso a cantar en homenaje a la muchacha “Por seguidora y por fiel”. Rosana lloró.

El Moulin seguía en la misma esquina con sus noches de bohemia y de alcohol, de lujuria y de misterio.

romanza

Se diría que iba derecho a la muerte cuando decidió aquella tarde ir a verla. Pero también podría pensarse que no quería morir ese día de noviembre cuyo sol centelleante como una brasa lo miraba caminar por la vereda de la Calle de los Sueños Perdidos y la sombra de los paraísos le frotaba sus zapatos mientras los viejos parroquianos del boliche, al descubrir su estampa de último compadrito o de malevo imposible, abandonaban las mesas con las cazuelas de mondongo y el vino tinto y se asomaban para verlo pasar y para luego comentar sus lejanas hazañas de milonguero, de tahúr, de cantor frustrado por una voz alcohólica, de guapo capaz de jugarse entero por una mujer sometida a su robusta presencia de macho mientras el marido trabajaba en la oficina.

Él no era un héroe. No lo había sido nunca. Y creo que jamás había pensado en serlo. Había volado siempre como un pájaro libre. Pero en la ciudad se había divulgado la noticia de que se había involucrado en los setenta con la Resistencia en Buenos Aires, que se había reído en la cara del mismísimo Almirante cuando trabajaba, por las madrugadas, en

un diario de éste e imprimía en forma tan solapada como clandestina hojas con informes sobre los crímenes de la dictadura.

Es así que sus amigos comenzaron a admirar su coraje y astucia e irónicamente (y conspirativamente) cuando se referían a él, le decían El Masón. Y Mareco, orgulloso por haberlo descubierto tiempo atrás en un asado en San Isidro, murmuraba: "Voy a mil a las patas de este caballo". Recuerdo que entonces fue el mismo Mareco quien, por razones de protección ante una inevitable y posible huida de la Argentina cuando fuera detectado y perseguido, le consiguió un pasaporte falso con el nombre de Carlos Sarzábal, nacionalidad española. Así pues, nació Carlos para todos, nombre clandestino, Carlos como un ángel travieso y cínico, como un trapealista sin red que se arriesgaba para sentir el halago de un aplauso, como un niño tierno y solidario. Así él comenzó a viajar llevando informes a México, París, Madrid. Así nació Carlos para siempre o para nunca. Así nació la leyenda de El Masón, la leyenda de este milonguero tardío, de este convocador de cosas viejas, de este compadrito desprevénido al nuevo siglo. Leyenda por suerte para él ya olvidada y sólo atizada por los consecuentes parroquianos de los bares, por los artistas que lo conocieron, por las prostitutas que soñaron con él, por algunos periodistas melancólicos y borrachos y por ciertos escritores que lo usaron como fuente de inspiración para producir ficciones de época.

Pero esa tarde se diría que él no quiso ser derrotado: se vistió con su mejor traje, se anudó su más luciente corbata, perfumó su pañuelo con unas gotas de Bambino Caro que había traído años atrás de Europa... Y por cábala, metió en su bolsillo una ramita de ruda y colocó en su muñeca izquierda un viejo Longines, herencia de un tío solterón.

Así, de esa forma, estuvo presente en aquella esquina unos minutos antes de las trece, hora en que, exactamente, ella descendió del remise, hermosa, sonriente, ufana, vanidosa. Se podría decir que al verlo pensó que lo conocía desde mucho tiempo atrás, en el borroso recuerdo de los años liceales en que él corría en la pista de atletismo, o tal vez de los bailes del Parque Hotel cuando tocaban los Hot Blowers o quizás de las caminatas por la orilla de la Playa Verde en el verano. Aunque después revisó su rostro pretendiendo ubicarlo en las clases de inglés del Anglo. O también podría pensarse que ella nunca había visto a ese hombre, que nunca se habían cruzado a la salida del cine Plaza, ni en París, ni en la panadería de su barrio, ni en la rambla, ni en ningún teatro, ni en ninguna calle. Pero otra vez la duda. Y entonces ella recordó aquel cumpleaños en La Liguria (¿fue en el sesenta y uno?) y volvió a creer que sí, que él era aquel muchacho que la persiguió toda la noche y terminó besándole la mano ante la risa de sus amigas.

Tal vez podría asegurarse eso ya que ella no se sorprendió al verlo y sabía que algún día la iba a es-

perar allí, en esa esquina, tieso y marcial, con su mejor traje y su reluciente corbata de seda, con el pañuelo embebido en perfume y una rosa amarilla en la mano.

Sólo ellos saben lo que pasó después. Dicen que se miraron a los ojos, que se sonrieron, que él entregó la flor con un gesto austero, fruto de su rudeza masculina. Dicen que ella, entonces, le acarició la mano. Dicen que luego se abrazaron y bailaron un vals (un, dos, tres, un, dos, tres). Dicen tantas cosas... Creo que lo único cierto es que allí, en esa esquina de la Calle de los Sueños Perdidos, los dos encontraron tardíamente el amor y murieron un poco, como se muere cada vez que se ama verdaderamente.

Acaso se dice que se conocieron por los años sesenta. Él estudiaba arquitectura junto a un hermano de ella. La tarde del primer encuentro mientras estudiaba con el hermano, él quiso escucharla tocando el piano. Ella tocó entonces todo su repertorio: "Para Elisa" de Beethoven, el vals "Cuentos de los bosques de Viena" de Strauss, "La catedral sumergida" de Debussy; y mientras estaba ejecutando una romanza, él se le acercó por la espalda y le pasó los brazos por encima del hombro. Ella dejó auto-

máticamente suspendida la ejecución del piano y se paró. Él entonces la tomó de la cintura y la besó, la besó apasionadamente. ¡Qué importancia podía tener entonces la edad, él con sus diecinueve años y ella con veintiuno! Toda la vida corría en ese beso juvenil. Así nació el romance de él y de ella. Romance que se vio interrumpido porque ella viajó con sus padres a París. Él se quedó solo, solo y esperando.

Ahora volvieron a encontrarse. Pero los años no pasan en vano. Sería el último encuentro entre él y ella.

final de un juego

Lo conocí en París. Recuerdo que fue durante el mayo caliente de 1968 patrocinado por unos miles de estudiantes que habían comenzado la revuelta y parecían justificar el desorden con imaginarias propuestas que atraían a los intelectuales, los oficinistas, los borrachos, las prostitutas y hasta a algunos obreros que se mantenían a la expectativa. Estaba parado en una esquina, de jeans, observando las barricadas. Luego, ocho años después, me encontré nuevamente con él en una esquina de Buenos Aires, Corrientes y Montevideo, a la salida del subte. Era un tipo alto, larguilucho y flaco, con una barba hirsuta y rojiza que no tenía en el encuentro anterior y que escondía apenas su cara de niño-viejo. Me trocó por una caja de Gitanes el ejemplar de Clarín que yo llevaba arrollado debajo del brazo, tratando de protegerlo de la lluvia. Así, con esa contraseña, nos reconocimos otra vez y si bien en París ya no había barricadas ni estudiantes revoltosos, en Buenos Aires pasaban muchas cosas raras. Los vientos del sur aceleraban el frío invernal de la tarde.

Caminamos en dirección a la Casa Rosada hasta llegar al Ondines, café en el cual nos reuníamos habitualmente con Rita. Y mientras íbamos caminando, la gente nos observaba atentamente, curiosaban dándose vuelta y pensando reconocer, equivo -

cadamente, a Cortázar junto a un desconocido admirador de sus obras literarias. Si hubiéramos caminado por París nadie se hubiera percatado de nuestra presencia. Pero la gente en Buenos Aires se imagina muchas cosas absurdas cuando se acerca el apocalipsis o cuando se sienta largas horas frente a la pantalla del televisor. Allí estábamos ahora, sentados en una mesa del Ondines tomando café, fumando, buscando jeroglíficos detrás de los cristales de la ventana del café. Simplemente nos dejábamos llevar por ese inventario callejero que incluía a los Falcon corriendo, dueños de la calzada, con sus estridentes sirenas y sus ocupantes ostentando las Browning, por los ruidos de la loza que manipulaban los mozos, por la discusión en voz queda de la joven pareja sentada en la mesa de al lado, por el paso de los transeúntes que observábamos a través de la ventana esmerilada por las gotas de lluvia que parecían lágrimas en el vidrio, por esas sombras apuradas que intentaban escapar al chaparrón o simplemente simular que no iban a ningún lado. Un espectro de la ciudad encajonada por los edificios, un complejo gris, monótono, depresivo. Y Julio quería (así se llamaba) empecinadamente, presenciar allí un crepúsculo. Me había confesado su pasión por ellos, su hobby de fotografiarlos cada vez que se encontraba en Montevideo y se alojaba en el Columbia, donde podía ver el puerto, la bahía, la escollera y más allá el cerro, y abría una pequeña ventana del baño por donde sólo se podían observar las vetustas construcciones de la Ciudad Vieja con sus miradores y alguna vez, unas raras palomas posadas sobre un muro de ladri-

llos. todo eso antes que llegara la noche con una luna boba, inerte. Julio me citaba, además, el crepúsculo del cuadro de Daumier sobre el asalto a la Comuna de París en 1871. Decía que esos comuneros habían ido al asalto del cielo. Y se interrogaba: “¿Valía la pena hacerse matar?” Mientras él encendía un nuevo cigarrillo yo me contestaba en silencio la pregunta. Luego, completamente abstraído, Julio murmuraba: “Une galerie á jour pour prende le soleil”.

En París, esa misma tarde, seguramente se vería caer el sol detrás de la torre Eiffel. Claro que no estábamos ni en París ni en Montevideo sino en Buenos Aires donde todo se teñía de gris. Cielo, paredes, árboles, hombres, ideas. Cómo pretendía este hombre, entonces, contemplar un colorido crepúsculo. Pero allí estaba, imperturbable, esperando el milagro de la redención del tiempo, sentado a una mesa del café de la avenida Corrientes.

Las veces siguientes que me reuní con él fueron, precisamente, en París, en su apartamento de la Rue de Sévres. Y fue allí donde conocí a Alejandrina. Hasta entonces nunca me había hablado de ella, así es que yo ignoraba su existencia. El primer encuentro tuvo una significación muy especial para mí (por sus consecuencias futuras) y para él también (por lo que pude vislumbrar después). Alejandrina era sigilosa, de unos extraños y cautivantes ojos verdes que lo observaban todo. Pronto me di cuenta de un detalle: era muda.

Con Julio jugábamos construyendo palíndromas. Recuerdo que él había creado uno, inspirándose en una rata consecuenta que había aparecido ese día en el apartamento y nos acechaba quieta en un rincón de la cocina. Esperaba las migajas de pan que Julio, como si fueran municiones, le arrojaba violentamente mientras reía a carcajadas. Le buscó un nombre, un palíndromo: Satarsa. Asimismo, yo podía observar que Alejandrina detestaba al roedor, quizás por su condición femenina y se contenía de ahuyentarlo por temor a perturbar el deleite y la jocosidad de Julio. También jugábamos construyendo diálogos de ruptura. Allí participábamos todos, especialmente Alejandrina, que era una excelente polígrafa y sabía emitir, a pesar de su mudez, valiéndose de gestos, espléndidos mensajes codificados que eran ininteligibles para otros que no fuésemos Julio y yo, me refiero especialmente a Lozano que a veces participaba de las reuniones. Alejandrina, con sus poses, era capaz de provocar diálogos de ruptura tales como “Te quiero a ti aunque él...” o “Necesito estar ahora contigo pero siento que...”. En general, se mostraba mimosa con Julio, aunque a veces, intentaba seducirme y entonces yo presentía e imaginaba el deslizamiento de su cuerpo sobre mis hombros, mi pecho, mis muslos. Cuando eso ocurría se fracturaban los juegos y Julio se encerraba en su dormitorio y tocaba la trompeta. Trompeta solitaria. Los celos lo llevaban a emitir sonidos disonantes del instrumento del cual nunca fue un eximio ejecutante. Alejandrina, entonces, penetraba sigilosamente en la pieza y se acurrucaba en la cama.

Otras veces, Julio y yo ocultábamos los celos hablando y discutiendo sobre jazz y así pasábamos del piano de Thelonius Monk o de Errol Gardner al grupo de Dave Brubeck en "Toma 5" o a Ellington, al clarinete blanco de Benny Goodman o al saxo del Gato Barbieri. También polemizábamos sobre la última actuación de Glenda Garson o sobre la última novela de Goytisolo. Alejandrina, entonces, mantenía distancia echada sobre el sofá de cretona blanca, hierática, silenciosa como siempre, con su misteriosa mirada perdida tras el ventanal.

Esa mañana, temprano, sonó el teléfono de mi habitación del hotel. Lozano, con voz entrecortada, me dio la noticia: "Julio murió". Lo único que atiné a balbucear fue "¿qué estás diciendo?" y colgué. La honda depresión que se había apoderado de mí permanecía mientras me encerraba en el baño, fumaba sentado en el inodoro, abría luego la llave del agua y después del baño, me vestía. Al mismo tiempo azotaban intermitentemente a mis pensamientos no sólo las imágenes vivas de mi amigo sino también las de Alejandrina. Imaginaba a ésta en esos momentos, con actitudes incomprensibles. La veía irresoluta y desconcertada. Descendí del taxi y corrí hacia la entrada del edificio. Creo que casi empujé al portero argelino que se había empeñado en barrer unas hojas secas y algunas colillas de cigarrillos frente al ascensor. La puerta del apartamento de Julio estaba entreabierta. Lozano me esperaba adentro. Sobre la mesa ratona ubicada frente al sofá, debajo del cenicero de ónix, había un papel escrito por Julio. Decía:

“Alejandrina yanoamanoya”. Era la última travesura, el último juego de mi amigo. Interrogué a Lozano sobre Alejandrina. Éste se encogió de hombros y permaneció en silencio. Busqué por todas las habitaciones. Nada.

Alejandrina, la blanca gata de Angora, había desaparecido.

índice

moulin 9

romanza 69

final de un juego 77



*Central de
Impresiones Ltda.*

Democracia 2226 - Telefax: 203 19 72*
e-mail: consultas@imprensa.com.uy

Decreto 218/96 - D. L. 331052/2003
Noviembre de 2003

Moulin

Sergio Stipanic



Sergio Stipanic nació en Montevideo en 1944. Maestro y periodista, se radicó en Buenos Aires en 1976 y colaboró con el diario *Clarín*. En Argentina publicó *El pescador perdido* (1980) y *Punta del Este, mate y candombe* (1982).

De regreso a su país, trabaja en la página cultural del diario *Últimas Noticias* y publica *Cuentos para leer en la escuela* (1992), *Con la frente marchita* (1993) y *Final de un juego* (1998).

Una nouvelle y dos relatos breves, de tono intimista, nos trasladan mágicamente a las décadas de los 60 y los 70 en Uruguay. Las peripecias de los protagonistas, así como los ambientes en que se desarrollan, cuidadosamente seleccionados y descritos con exquisita sensibilidad, hacen que el lector se sienta atraído y conmovido. El *Moulin* que sirve de lugar de cruce de historias de vida, será inequívocamente identificado por los memoriosos bohemios de aquella época ríspida. Conciso y eficaz, Stipanic sintetiza vidas y conflictos con maestría.

ISBN 9974-49-307-2



9 789974 493070



EDITORIAL FIN DE SIGLO